

necesariamente origen á nuevas maneras de obrar y á productos de nueva forma.

Cuando, pues, se hable del ingenio de las razas inferiores, entiéndase que se trata de los Tahitianos, Javaneses, etc., que han llegado á una civilizacion adelantada, que poseen una provision considerable de ideas y de palabras abstractas, que muestran un grado de sorpresa y curiosidad racionales, y que dan prueba de un desenvolvimiento intelectual superior.

Hemos con esto llegado naturalmente á una verdad análoga á aquellas que hemos encontrado anteriormente cuando hemos resumido los resultados de nuestro estudio. La inteligencia primitiva, relativamente simple, se desenvuelve de una manera más rápida y alcanza desde luego sus límites.

En los *Principios de Psicología*, párrafo 165, he aducido los testimonios relativos á los Australienses, á los negros de los Estados-Unidos, á los negros del Nilo, á los Andamans, á los naturales de la Nueva Zelanda y á los de las islas Sandwich, que prueban que los hijos de esas razas tienen el espíritu más avisado que los niños europeos, que comprenden con mayor prontitud las ideas simples, pero que no tardan en pararse delante su incapacidad para comprender las ideas complexas que con gran rapidez abrazan los niños europeos cuando se les presentan. Todavía puedo añadir el ejemplo que nos proporciona Mr. Reade, quien ha observado que en la África ecuatorial los niños tienen una «precocidad absurda.» El capitán Burton afirma que los Africanos del Oeste son «de una vivacidad de espíritu notable antes de llegar á la edad de pubertad, como si esta época fisiológica, de la misma manera que entre los Indios, perturbase su cerebro;» en fin, «hasta un cierto punto se instruye fácilmente á los Aleuts de Alaska.» Esa precoz paralización del desenvolvimiento, ese cambio que transforma una receptividad activa en tanto no tenga que recibir más que ideas simples, en una receptividad lenta desde que hay necesidad de recibir ideas un poco generales, supone al mismo tiempo un carácter intelectual inferior y un obstáculo considerable al progreso intelectual, puesto que se opone á las modificaciones que nuevas experiencias producirían en la mayor parte de las ideas. Cuando leemos en los viajeros que el Africano del Este «une la incapacidad de la infancia á la inflexibilidad de la edad,» cuando oímos afirmar que en los Australienses «el vigor mental parece declinar antes de la edad de veinte años, extinguiéndose poco más ó menos á los cuarenta,» no podemos menos de ver la fuerza del obstáculo que esta paralización de la evolucion mental opone al progreso, cuando más necesario es el progreso.

Ahora podemos recapitular los rasgos del carácter intelectual del salvaje, que por su naturaleza le hacen poco apto para cambiar, y al mismo tiempo notaremos hasta qué punto esos mismos rasgos se encuentran en el niño de los hombres civilizados.

En la primera y segunda infancia, se deja ver una absorcion de sensaciones y de percepciones semejantes á la que caracteriza el salvaje. El niño que rompe sus muñecas, que amasa la tierra, y fija sus ojos en todas las personas y cosas que le rodean, da prueba de mucha perceptibilidad y de una reflectividad relativamente débil.

La misma analogía en la tendencia á la imitacion. Los niños repiten en sus juegos escenas de la vida de los adultos, y los salvajes, entre otros actos de imitacion, repiten las acciones de sus huéspedes civilizados.

El espíritu del niño carece de la facultad de distinguir entre los hechos inútiles y los útiles, de la misma manera que el salvaje. Mas aun cuando se nota que el niño no aprende los hechos, ya sea bajo forma de eleccion, ya bajo forma de observacion espontánea, más que por ellos mismos, sin idea del valor que puedan tener como materiales para una generalizacion, se hace evidente que esta incapacidad de eleccion de los hechos nutritivos es un carácter de un desenvolvimiento inferior, puesto que, en tanto que la generalizacion no se ha establecido, el espíritu no podría elevarse á la idea de que un hecho posee un valor que vence en plazo lejano, independientemente del valor á plazo corto que pueda tener.

Además, vemos que el hijo de nuestra raza es, como el salvaje, incapaz de concentrar su atencion sobre algo que sea complejo ó abstracto. El espíritu del niño, como el del salvaje, no tarda en divagar de pura fatiga, cuando se ha de ocupar de generalizacion y de proposiciones complicadas.

Dicho se está que siendo en uno y otro las facultades superiores débiles, carecen de ideas que no se comprenden con el auxilio de esas facultades, ó si poseen algunas es solo en corto número. El niño, como el salvaje, tiene en su lengua algunas voces de la abstraccion ordinaria, pero no de la más levantada. Desde muy pronto sabe muy bien lo que es el gato, el perro, el caballo, la vaca, pero no tiene idea alguna del animal independientemente de la especie: años enteros se pasan antes de que las palabras acabadas en *ion* ó en *dad* entren en su vocabulario. Así en el niño como en el salvaje los instrumentos mismos de un pensamiento desarrollado faltan por completo. Con un espíritu que carece de ideas generales, y que á la vez carece de la concepcion del orden natural, claro está que el niño del hombre civilizado, mientras es jóven, y el salvaje



durante toda su vida, no pueden mostrar ni mucha sorpresa, ni mucha curiosidad racionales. Una cosa que despierta los sentidos, el súbito relámpago de una explosión, le hace abrir los ojos de una manera desmesurada, puede arrancarle un grito; pero mostradle un experimento químico, ó llamad su atención sobre un giróscopo, y vereis que el interés que tomará no será mayor que el que podría mostrar á la vista de un muñeco. Verdad es, que más tarde, cuando las facultades intelectuales superiores que ha heredado de sus antecesores civilizados principian á obrar, y cuando el grado de desenvolvimiento mental que ha alcanzado representa el de las razas semicivilizadas, como las de los Malayopolinesios, por ejemplo, la sorpresa racional, y la curiosidad racional de las causas se muestran en él por primera vez. Mas, aun entonces, la extrema credulidad del niño civilizado, como la del salvaje, nos hace ver lo que pueden producir ideas confusas de causa y de ley. Cree todo lo que se le cuenta, por absurdo que sea; toda explicación, por inepta que nos parezca en sí, la acepta él como muy satisfactoria. Careciendo del conocimiento generalizado, nada le parece imposible; la crítica y el escepticismo faltan por entero.

Y ahora, para poner término á nuestra dilucidación de los caracteres intelectuales del hombre primitivo, podemos decir, como lo hicimos para los caracteres emocionales, que no podían ser otros que lo que son en vista de la falta de las condiciones que son el resultado de la evolución social. En los *Principios de Psicología*, párrafos 484 á 493 (1), hemos demostrado de diversas maneras

(1) Habrán notado los lectores la continua referencia que hace el autor á los *Principios de Psicología*, pues ahora no hace más que aplicar los principios deducidos en aquella obra de una manera científica á la ciencia social. Para la recta inteligencia, pues, de esta parte de los *Principios de Sociología*, ha de preceder la lectura de los *Principios de Psicología*; pero si esto es indispensable para formar un cabal concepto científico de la doctrina de la evolución en su más trascendental aplicación, no lo es cuando se concede á Mr. Heriberto Spencer toda la confianza que se merece quien tiene acreditado que jamás pone su particular manera de sentir por encima de la razón y conclusiones científicas, puesto que á la vez que aplica los principios dichos en esta admirada y admirable exposición de los *Datos de la Sociología*, procura fundamentarlos ora en la observación ora en la inducción, y deducción lógica, suprimiendo únicamente el desenvolvimiento y demostración que en otra parte tiene hecha.—Pero á la altura que hemos llegado creemos conveniente acudir, siquiera sea por una vez, á los *Principios de Sociología*.

Hé aquí, pues, la doctrina á que hace referencia Mr. H. Spencer, y que creemos conveniente resumir para que puedan formar cabal concepto nuestros lectores de asunto tan importante como trascendental.

484.—Es indudable que en las primeras fases del progreso humano, el medio am-

como solo á medida de lo que la sociedad crece, se organiza y adquiere estabilidad, pueden producirse las experiencias cuya asimilación es el factor principal del desenvolvimiento de las ideas. No se necesita sino preguntar por

biente en que se desenvuelven las familias, suministra tan solo experiencias comparativamente limitadas en número y variedad, y que por tanto, el ejercicio de las facultades no puede ser muy considerable por cuanto éste depende de las *verdades generales* que se desprenden de numerosas verdades particulares. Por lo tanto, dicho se está que solo después de haberse recogido un gran número de experiencias, si diferentes por su naturaleza, unidas por algún carácter común, es cuando se puede dar el primer paso hácia la concepción de una verdad más alta en generalidad que esas mismas experiencias por diferentes que sean; y que cada paso que se dé implica un gran aumento de fuerza de representación. De aquí, por consiguiente, que en el curso del progreso humano no puedan nacer las ideas más que á medida de lo que las condiciones sociales abran el campo de la variabilidad de las experiencias, condiciones sociales que ya de por sí presuponen algunas ideas generales.

485.—Una potencia de representación poco desarrollada supone un defecto de aptitud para reconocer el proceso que necesita un tiempo largo para completarse; las *secuencias*—(consecuencias)—*largas* no se pueden percibir; y como éstas dependen de la longitud de las secuencias recordadas, y éstas de la duración de las condiciones favorables, resulta de todo ello que el hombre primitivo ha de ser forzosamente imprevisor.

486.—Pero á medida que las experiencias se hacen cada día más numerosas, más variadas, más heterogéneas, más complejas, á medida que la civilización progresando suministra la ocasión y desenvuelve las facultades requeridas para apreciarlas, tienden siempre á extender las posibilidades del pensamiento y á disminuir la rigidez de la creencia: *la variabilidad de la creencia* aumenta.

487.—Por cuanto la inteligencia es todavía simple, y relativamente pobre y rígida, ha de limitarse á concepciones concretas, pues les son imposibles las *concepciones abstractas*. Pero se hacen posibles la concepción de una *propiedad* y de una *causa* cuando por la reunión de varios hechos particulares resulta que el objeto del pensamiento no es ya un objeto ó una acción, sino un rasgo común á varios. Es, pues, de toda evidencia que el pensamiento primitivo que á cada consecuente concreto asigna un antecedente concreto, caso que lo señale, no hace esto sino por necesidad. No es ménos evidente que las concepciones religiosas siguen igual marcha. Desde el demonio, expresado por el salvaje bajo una forma tan concreta como el enemigo que combate, hasta á la conciencia más abstracta de una potencia universal, á la cual solo llegan un corto número de hombres dispersados, hay un progreso que solo puede hacer posible el desenvolvimiento de las facultades producido por la marcha de la civilización.

488.—Se sigue, pues, que los datos que posee el hombre primitivo son escasos para que pueda formar idea de la *uniformidad*, pues la noción de semejanza por simple que parezca, es una noción que alcanza gradualmente ese proceso de la abstracción que acompaña la aptitud del pensamiento para la representación. Es por esto que la creencia en un orden inmutable, la creencia en la *ley*, es imposible para el salvaje.



lo que sucedería si la masa entera del conocimiento acabase por desaparecer y que los niños quedasen sin otro lenguaje que el lenguaje infantil, creciendo luego sin recibir de los adultos dirección alguna, ni ninguna instrucción, para notar que hoy día mismo las facultades superiores quedarían casi sin efecto, faltas de materiales y de los socorros que la civilización pasada ha acumulado para nosotros. Y siendo así, no podemos ménos de reconocer que el desenvolvimiento de las facultades intelectuales superiores ha marchado *pari passu* con

489.—Y claro está que se va haciendo posible á medida que la facultad de determinación va desarrollándose, por cuanto entonces se va extendiendo cada vez más el campo de la generalización, y por consiguiente, de la abstracción; y como á medida que la noción de uniformidad se extiende, se hace posible la noción de *exactitud*, de aquí que el hombre primitivo vaya poco á poco siendo capaz de cultivar en sí la conciencia de lo que llamamos *verdad*.

490.—Pero de la misma manera que la credulidad es compañera de un estado intelectual primitivo, el *escepticismo* y la *crítica* que nos sirven para distinguir la verdad evidente de la falsedad evidente, no se hacen habituales sino á compás del desenvolvimiento de las fuerzas intelectuales en general.

491.—Que la imaginación es débil en los grados más míseros de la evolución intelectual, y que no adquiere fuerza sino á compás de lo que ésta progresa, es cosa que queda dicho más arriba, pues hemos visto que cada paso del progreso intelectual presupone un aumento en la aptitud de representación.

492.—Sin embargo, aquí conviene distinguir entre la *imaginación reproductiva* y la *imaginación constructiva*. La imaginación reproductiva llega á un término, á las concepciones *originales*, cuando las observaciones y experimentos particulares simples van complicándose cada vez más, cuando las *reminiscencias* se hacen cada vez más complejas, cuando los agregados de ideas se unen de diversa y complicada manera con otros agregados de ideas, pues solo al llegar á este punto es cuando el pensamiento adquiere la libertad necesaria para volar por el campo sin límites de la generalización y de la abstracción. Por esto en un principio la imaginación es meramente reproductiva, pues el campo de las ideas es muy limitado. Fijense nuestros lectores en este desenvolvimiento de la imaginación, y se convencerán del error de atribuir la imaginación constructiva á los artistas en perjuicio de los hombres de ciencia.

499.—Por consiguiente, la evolución intelectual, paralela en la humanidad á la evolución social, de la que es á la vez causa y efecto, es bajo todos sus aspectos un progreso de la potencia de representación del pensamiento.

De todo lo cual resulta que los rasgos intelectuales que en el hombre primitivo son los resultados no solo de la limitación de las experiencias, si que también en cierto modo del desenvolvimiento de las facultades correspondientes, pueden encontrarse en medio de nosotros en esos casos en que la vida, pobre relativamente en experiencias, no ha cultivado esas facultades hasta el punto de que son susceptibles de serlo en nuestro tipo.

el progreso social, á la vez como causa y como efecto; que no era posible al hombre primitivo desarrollar sus facultades intelectuales superiores careciendo, como carecía de un medio conveniente; y que en ese como en otros aspectos su progreso se encontraba retardado, falto de facultades que solo podía producir el progreso.

